

Homilias Domingo Tercero del Tiempo Ordinario

+ Lectura del santo Evangelio según san Lucas

Ilustre Teófilo: Muchos han emprendido la tarea de componer un relato de los hechos que se han verificado entre nosotros, siguiendo las tradiciones transmitidas por los que primero fueron testigos oculares y luego predicadores de la Palabra. Yo también, después de comprobarlo todo exactamente desde el principio, he resuelto escribírtelos por su orden, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido.

En aquel tiempo, Jesús volvió a Galilea, con la fuerza del Espíritu, y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas y todos los alababan.

Fue Jesús a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor”.

Y, enrollando el libro, lo devolvió al que le ayudaba, y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Y él se puso a decirles: - Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír.

Palabra del Señor

Homilias

(A)

Enséñame a predicar

Érase una vez un seguidor de San Francisco de Asís que le pedía: "Francisco, enséñame a predicar". Y San Francisco le llevaba a visitar a los enfermos, a ayudar a los niños, y a dar comida a los pobres. Juntos recorrían las calles de Asís haciendo el bien a todos. El discípulo le preguntaba , ¿pero cuándo me vas a enseñar a predicar? Francisco le contestaba: "hermano, ya estamos predicando".

Predicando con el ejemplo, con la vida. Nuestra manera de vivir es nuestra predicación. No hace falta tener un micrófono o subir al púlpito para predicar. Todos somos predicadores. Nuestra presencia en la iglesia predica nuestra fe, nuestro amor a Jesús y nuestro deseo de vivir como él vivió.

Cuando usted viene a reunirse con los hermanos en la iglesia, está predicando.

Cuando usted se queda en la cama el domingo, está predicando.

Cuando dice: qué frío hace hoy. Me quedo en casa. Está predicando.

Cada vez que voy al dentista me hace siempre la misma pregunta: "¿Con anestesia o sin anestesia?" A veces, le contesto: hoy, sin anestesia.

La predicación en la iglesia debiera ser siempre sin anestesia.

Sin anestesia se siente más la aguja y el torno, pero no estás ocho horas con las mandíbulas dormidas.

Es más hermoso y práctico un sermón que vemos que un sermón que oímos.

Es más eficaz un sermón que camina que un sermón que se grita.
¿Por qué?

Porque el ojo es mejor alumno que el oído y el ejemplo es más claro que el consejo.

Ambos son necesarios: el sermón que camina y el sermón que se grita, el sermón que nos entra por los ojos y el que nos entra por los oídos.

Y esta es la historia de Jesús de Nazaret.

San Lucas, 4, 14-21, nos dice que Jesús volvió a su pueblo, Nazaret, lleno del Espíritu, enseñaba en la sinagoga y aquel día abrió el libro e hizo la lectura del profeta Isaías.

Todos tenían los ojos fijos en él.

Terminada la lectura dijo: "Hoy se cumplen estas profecías que acaban de escuchar".

Jesús no vino a leer la Biblia. Vino a cumplirla.

Jesús no vino a predicar cosas lindas. Vino a hacer cosas lindas.

Jesús no vino a enseñarnos el camino del cielo. Vino a hacer con nosotros el camino hacia el cielo.

Jesús no vino a predicar el infierno. Vino a abrir las puertas del cielo a todos.

Jesús vino a "proclamar el año de la gracia del Señor".

Amnistía para todos. Libertad para los cautivos. Buenas noticias para los pobres.

Jesús es fantástico pero no porque fuera el mejor predicador, los había más sabios, es fantástico porque su palabra se cumplía, y se cumple, porque vivía lo que decía. Es fantástico por sus obras.

Los charlatanes, los políticos, los predicadores, todos nosotros, hacemos promesas y profecías, contamos visiones, ofrecemos la luna, estamos llenos de buenos deseos y qué pobres son nuestras obras.

Nosotros hacemos juramentos de amor eterno y no duran porque confundimos el amor con el placer.

Jesús vino a amarnos a todos y su amor dura porque se cumplió y consumó en la cruz.

Jesús comenzó su ministerio diciendo el primer día "hoy se cumple esta escritura" y pudo decir el último día: "Todo está cumplido".

Tal vez le quedaban muchas cosas por predicar y muchos cuentos que contar, pero todo estaba hecho y "todo lo hizo bien".

De ninguno de nosotros se podrá decir semejante cosa.

El reto es no predicar más y mejor sino obrar más y mejor.

"Ejemplo les he dado, hagan ustedes lo mismo".

(B)

Merece la pena: "Dar la Buena Noticia a los pobres"

Se dice que los sacerdotes no nos atrevemos ya a invitar a los jóvenes a que sigan nuestros pasos y que muchos padres se entristecen ante la sola idea de que a su hijo se le pueda ocurrir ser cura. Al leer el relato de Lucas en que Jesús se presenta en

medio de su pueblo como “ungido por el Espíritu del Señor” y “enviado para dar la Buena Noticia a los pobres” aportando luz, liberación y gracia, he pensado qué diría yo hoy a unos jóvenes que se plantearan el servicio presbiteral como la forma de vida concreta para seguir a Jesús. ¿Merece la pena ser cura? ¿Para qué?

Yo os animo a ser sacerdotes para escuchar los interrogantes, miedos e incertidumbres de tantos hombres y mujeres que han abandonado a un Dios en el que ya no podían creer y necesitan que alguien los acompañe en la búsqueda del verdadero rostro del Padre revelado por Jesús.

Haceos curas si queréis sembrar un poco de esperanza en tantas personas que viven sin horizontes, llenas de cosas, pero con el alma vacía y triste, sin saber qué sentido dar a su vida.

No dudéis en dar el paso si queréis contribuir a que en nuestro pueblo no se oigan solamente las palabras de los políticos, las voces de los cantantes o los anuncios comerciales de la televisión, sino que se siga escuchando el mensaje liberador de Jesucristo.

Animaos a ser sacerdotes si queréis denunciar desde el Evangelio, con libertad y sin depender de las consignas de ningún partido, las mentiras, injusticias y violencias que nos deshumanizan día a día.

Tomad en serio esa llamada que sentís dentro de vosotros, si queréis compartir las inquietudes de los jóvenes, comprender sus contradicciones y orientarlos hacia una vida sana y positiva.

Haceos sacerdotes, si queréis trabajar desinteresadamente por una cultura nueva de paz promoviendo entre nosotros el diálogo, el respeto mutuo, la defensa de toda persona, el perdón y la reconciliación.

Orientad vuestra vida hacia el servicio sacerdotal si queréis animar comunidades cristianas donde los hombres y mujeres de nuestro tiempo aprendan a creer en Jesucristo y descubran dónde puede poner el ser humano su última esperanza.

Yo os invito a ser sacerdotes para defender los derechos humanos que todos defienden e, incluso, los que apenas defiende nadie, como el derecho a la vida interior, el derecho a morir con

esperanza, el derecho de todo hombre al amor y la solidaridad de todos, el derecho a buscar a Dios.

Si un día llegáis a ser sacerdotes, no os espera una vida fácil. No haréis dinero. No tendréis un gran prestigio social. Seréis fácilmente discutidos y hasta rechazados. Pero nadie os podrá quitar la alegría de vivir haciendo este mundo un poco más humano desde el Evangelio de Jesús.

(C)

Hoy se habla mucho de libertad y de derechos humanos; pero nunca como hoy hemos visto al hombre tan oprimido por el propio hombre. Parece que estamos jugando a ver quién puede más. Y resulta que siempre gana el más fuerte. Como respuesta tenemos el hambre, la guerra, la opresión, la falta de libertad.

No es así como conseguiremos unirnos y ser más fuertes y libres. Frente a unos deberes debemos respetar unos derechos.

- No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti.
- Mi libertad termina donde empiezan los derechos de los demás.
- No seremos verdaderamente libres mientras dejemos que se apoderen de nosotros la pasión y el vicio.

El poseer cosas, el triunfo en el deporte, en el estudio, las propias cualidades, no llegan a satisfacer, sin más, a las personas.

Siempre seremos esclavos de las insatisfacciones mientras no encontremos algo en lo que de verdad merezca la pena poner todas nuestras fuerzas.

Incluso habrá cosas que nos pueden perjudicar. Esto lo estamos viendo entre nosotros: la sociedad de consumo nos está arrastrando a consumir cosas que van en contra de nuestro cuerpo (la droga, la TV, el sexo...)

Cuando a nivel de las relaciones de amistad, de familia o del grupo con el que convives a diario, uno no vive con el convencimiento de que la verdad y el error pueden estar de parte

de ambos, se puede llegar a romper las relaciones con agresividad o rechazo de los demás por considerarlos culpables, por falta diálogo, por querer imponer mi verdad por encima de la verdad de los demás.

Es uno de los graves problemas de nuestros días: no saber dialogar, escuchar a los demás, respetar sus ideas y su forma de ser.

El hombre goza de libertad, pero su propio ser le dice que su constitución es frágil, que en su interior hay egoísmo, ansia de mandar y de poseer. Que no siempre puede usar bien de su libertad, pues a veces, se siente tentado a hacer lo que no quiere y deja de hacer lo que quiere.

Es doloroso admitir los fallos y equivocaciones de uno mismo. Pero es peor ocultarlos ante la propia mirada o la mirada de los demás. Reconocer nuestros propios fallos va a ser algo muy importante para aceptarnos tal como somos, a nosotros y a los demás.

El considerarlo así ayuda a encontrar la confianza perdida en las relaciones con el otro, a valorar sus razones, a desarrollar la capacidad de comprensión.

El Evangelio de hoy es una buena pista para buscar la verdadera libertad: nunca seremos libres de verdad, mientras no lo sean los presos, los pobres, los enfermos, los marginados de nuestra sociedad.

Nuestra libertad pasa necesariamente por la libertad de todos los hijos de Dios.

(D)

La primera mirada de Jesús al comenzar su misión...no se dirige al pecado de las personas, sino al sufrimiento que arruina sus vidas. Lo primero que toca su corazón no es el pecado, sino el dolor, la opresión y la humillación que padecen hombres y mujeres.

Jesús se siente «ungido por el Espíritu» de un Dios que se preocupa de los que sufren, impregnado por su amor a los pobres y desvalidos. Es ese Espíritu el que lo empuja a entregar su existencia entera a liberar, aliviar, sanar, perdonar: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para dar la Buena Noticia a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad y a los ciegos la vista, para dar libertad a los oprimidos, para anunciar el año de gracia del Señor»
Éste es el Dios que Jesús anuncia con su Palabra y con su vida...
Un Dios en el que tenemos que confiar siempre, porque su preocupación fundamental es la felicidad de sus hijos...
Nuestro Dios es como aquel padre...

Érase una familia feliz que vivía en una casita de suburbio. Pero una noche estalló de improviso en la cocina un incendio espantoso.

Cuando las llamas comenzaron a propagarse, padres e hijos salieron fuera corriendo. Se abrazaron e impotentes, contemplaban desconsolados su hogar envuelto en llamas y humo.

Entonces, con horror y pena indescriptibles, cayeron en la cuenta de que faltaba el más pequeño, un niño de cinco años. En el momento de salir, asustado por el crepitar de las llamas y sintiéndose ahogar por la acidez del humo, volvió atrás y subió al piso de arriba.

¿Qué hacer? El padre y la madre se miraron desesperados e impotentes, las dos hermanitas comenzaron a llorar: lanzarse a aquel horno era imposible. Y los bomberos no acababan de llegar...

Pero he aquí que arriba, en lo alto, se abrió la ventana del desván, y el niño se asomó gritando con fuerza: “¡Papá, papá!” El padre, esperanzado, respondió: “¡Salta hijo, salta!”

Debajo de sí el niño sólo veía fuego y humo, pero oyó la voz de su padre y contestó: “¡Papá, no te veo!...”

“Te veo yo, hijo, y basta. ¡Salta!” gritó el hombre con toda su alma.

El niño saltó y cayó sano y salvo en los cariñosos brazos de su padre, que lo había recogido al vuelo.

Con Dios sucede lo mismo...

En los momentos de peligro su voz se deja oír: “Confía en mí, arrójate a mis brazos...” Y quizás podamos contestar: Cuando he estado en peligro o en apuros y me he dirigido a Ti y tú pareces sordo... Y por ello, también nosotros decimos: “Padre, no te veo...”

En la tierra caminamos a oscuras, pero Dios nos ve, y él vela por nosotros; y esto es lo importante. Dios no nos abandona ni un instante... aunque muchas veces tengamos la impresión de que el no responde a nuestras súplicas...

Otro hecho que aparece en el Evangelio de hoy, es la incredulidad de los paisanos de Jesús ante su mensaje y declaración... Ellos creen conocerlo muy bien, y justamente ese conocimiento se convierte en obstáculo para que se abran a la verdadera realidad de Jesús... Para ellos resulta demasiado fuerte aceptar que “uno de ellos”, al que conocen de toda la vida, se presente como el Ungido del Señor...

Esto lo entendemos... porque hoy, como ayer, nos es más fácil aceptar al que no conocemos que al que conocemos..

¡Cuántas veces nos deshacemos en elogios sobre alguien a quien hemos leído o escuchado y viene uno o una que le conoce y apostilla: “¡Si yo te contara...!”...

Algo así pase en Nazaret: “Mucha fama...” ¡pero no es el hijo del carpintero!”...

Esto no es sólo de ayer... sino que esto sigue sucediendo hoy... Son muchos los que creen conocer a Jesús porque saben cuatro vulgaridades de él y ya creen que lo saben todo.. Son muchos los que creen que se conoce a alguien... por saber “cosas de Él”, sin intimidar con él...

Muchos pueden entender el Evangelio de hoy, porque también a ellos les pasó que creían conocer al otro por un noviazgo más o

menos prolongado, pero cuando se pusieron a vivir juntos, a compartir la vida, se dieron cuenta de que lo mejor del otro, lo más hondo del otro, para bien o para mal, no lo conocían

El Evangelio no es un libro del pasado nos narra hechos que siguen sucediendo entre nosotros hoy, como sucedieron hace mucho tiempo...

¿Qué nos quiere transmitir el Evangelio de este domingo?

- Que Dios nos ama siempre y que por tanto, podemos confiar siempre en él...
- Que su Palabra es luz para nuestra vida, porque todos necesitamos esa luz para ver con claridad.
- Y en segundo lugar, que comuniquemos esa Buena Noticia. Que no nos contentemos con conocerla y vivirla nosotros, sino que la comuniquemos a los demás para que también otros puedan conocer y vivir el Mensaje de Jesús.

P. Juan Jáuregui Castelo